



**NUEVE
MILIMETROS**
(asesino a sueldo)

AGUSTIN GARCIA MEANA



NUEVE MILÍMETROS
(ASESINO A SUELDO)

Agustín García Meana

© LIBRALIA

Valladolid (España)

www.click-read.es

info@click-read.es

1ª Edición – Diciembre – 2013

Autor: Agustín García Meana.

Portada y maqueta: David Miguélez Cardeñoso

ISBN: 978 – 84 – 16101 – 05 – 4

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

La vida en sí, toda ella, es una jodida mierda. O no, quién sabe. Por lo que a mí respecta me tocó la parte fea, esa con la que nadie quiere bailar. Quizás mi destino era acabar vagando por la vida. ¿Hay algo más triste que caminar por la vida sin rumbo? Sí, sufrir ese camino. Esa ha sido la parte que me ha tocado jugar y, joder, para mi desgracia, la he sabido jugar tan bien que hoy, me miro en el espejo y no veo más que un andrajo de mierda. No soy más que una piltrafa cada día un poco más hundida en el fango; en un fango que alguien me dispuso y en el que yo, sin oposición, me sumergí. La vida me robó la ilusión, me hurtó los sueños, y me dispuso un camino, equivocado, pero fácil para alguien cuya moral no era más que un residuo del pasado.

Ricardo Sánchez Montoya (Cardo).

1.

Tenía sobre la mesilla de noche una de sus cajetillas de Lucky Strike. Cogió un cigarrillo y le dio fuego. Después, completamente desnudo, se levantó y caminó hacia la ventana con paso lento y sigiloso. Junto a una de las cortinas, echó una calada honda, reflexiva, y exhaló el humo con grandilocuente parsimonia mientras observaba a través del cristal. Fuera, los más madrugadores, obligados por la necesidad que hace del trabajo una suerte, caminaban tristes, dormidos, resignados por tener que salir de sus camas antes del amanecer. Montoya los observó durante un corto tiempo, mientras echaba un par de caladas más.

Miró el reloj de su muñeca: faltaban unos minutos para las seis de la mañana del que amenazaba con ser otro frío y húmedo día de Diciembre en aquella ciudad del norte, en donde él había decidido refugiarse desde hacía un par de años, regresando a sus orígenes. Otra calada, tan honda y reflexiva como la primera. Volvió a exhalar el humo con la misma parsimonia y giró la cabeza hacia la cama; allí estaba ella.

Observó su rizada melena caoba reposando sobre la almohada. Estaba profundamente dormida. Apenas hacía una hora follaban desaforadamente. Apenas hacía una hora sus labios recorrían el cuerpo de la mujer, se deleitaban en sus duros pezones, tiesos, firmes, ardientes de deseo, mientras sus lenguas se enzarzaban una y otra vez en una alocada lucha de pasión. Recordó cómo las manos de ella habían recorrido todo su cuerpo, nerviosas, sudorosas, sin que hubiese un ápice de sentimiento, sedientas de sexo. Sí, no había sido más que sexo, pero del bueno. No alcanzaba a comprender la razón, pero le constaba que aquella mujer necesitaba sentirse deseada, que un hombre la hiciese suya apasionadamente, sin recelos, ocupándose tan solo del simple placer carnal, de saciar su sed de pasión; así se lo habían hecho saber sus dedos y su lengua.

“Hold Me, Thrill Me, Kiss Me”, en la voz de Gloria Estefan, sonaba por los altavoces de la cafetería cuando Montoya cruzó la puerta. Disimuló una sonrisa burlona; había cierta ironía en que su adulada cubana le fuese a acompañar en aquel encargo. Por un momento la recordó con el largo vestido blanco de la portada de aquel disco en el que se la veía hermosa, muy hermosa; en verdad, a él siempre le había parecido una mujer hermosa al margen de su espléndida voz.

Avanzó unos metros y buscó con la mirada al que debía ser su “pan nuestro” de aquel día. Lo localizó sentado tras una mesa apartada en una esquina del local,

echándose a la boca el penúltimo cigarrillo que le quedaba. Caminó hacia él con paso lento y firme. La última pareja de clientes que quedaba en la cafetería salían cogidos por la cintura, acaramelados, besándose a cada paso; les dedicó una mirada de soslayo al cruzarse con ellos.

– ¿Montoya?

Trataba de prender el cigarrillo con un mechero que no tenía gas, cuando él llegó a su altura. El hombre levantó la mirada. Montoya le tendía su encendedor de plata ofreciéndole fuego. El hombre aceptó. Después, fue cuando le interrogó para asegurarse de que él, un tipo vestido con una gabardina gris, era con quien se había citado en aquella cafetería.

–Sí, yo soy.

Respondió y se sentó frente a aquel hombre mientras alargaba el brazo para coger la cajetilla de tabaco que había sobre la mesa. Se echó a los labios el último cigarrillo y, sin articular palabra, le dio fuego y echó la primera calada. Silencio. Otra calada. Observó por el rabillo del ojo cómo uno de los camareros barría el suelo al otro lado de la barra. Entonces, el hombre volvió a hablar.

–Supongo que me traerá lo acordado –el tono de su voz resultaba desagradable.

–Sí, claro. ¿Trae usted lo suyo? –respondió Montoya mecánicamente.

– ¡Qué coño lo mío! Yo ya he dado mi parte. Ahora son ustedes los que tienen que cumplir –respondió enojado.

No tenía ni la más remota idea de lo que estaban hablando. Se limitaba a seguirle la corriente a fin de ganar tiempo. Al menos, hasta encontrar el momento apropiado. Fue al cruzar un par de miradas cuando se fijó en la expresión de sus ojos –Montoya creía que aquella era el reflejo de la persona, que no dejaba lugar a engaño–; se le antojó de “peligroso cabrón”.

–Bueno, joder. ¿Dónde está el material? Son las doce de la noche y quiero irme a dormir –el hombre parecía impacientarse.

–En el coche...

Respondió Montoya a modo de excusa, pues no acababa de encontrar el momento adecuado para rematar la faena. Fue entonces cuando vio cómo el camarero dejaba la escoba y desaparecía tras la puerta del almacén dejándolos solos. En pocos minutos, aquel hombre se había tornado en insoportable y no dejaba de exigirle entre insultos una “mercancía”. Aquellos modos le molestaban sobremanera.

Echó una última calada y se puso en pie, lentamente. El cuerpo completamente erguido, clavó sus ojos sobre aquel hombre en la que sería la última vez: parecía desconcertado, no alcanzaba a comprender por qué aquel tipo de la gabardina gris, sin mediar palabra, se había levantado de su silla y le miraba fijamente. Entonces se llevó la mano a debajo de la gabardina y, como si de un autómata se tratase, sacó su “pepita” y le encañonó. No medió apenas un segundo. Con la misma frialdad que ejecutaba cada uno de sus movimientos, le descerrajó dos tiros: uno entre ceja y ceja y otro al corazón. Eran dos balas certeras, amortiguadas por el silenciador, que zanjaban el encargo de una forma rápida y limpia. Su firma. La rúbrica de Ricardo Sánchez Montoya; Cardo para los conocidos que no amigos.

Media hora más tarde caminaba por el muelle deportivo a un metro de la barandilla, con paso lento, saboreando cada calada de su Lucky Strike. No alcanzaba a comprender la razón pero, después de un encargo, le gustaba dar un largo paseo, lloviese, hiciese frío o calor; era algo que había empezado a practicar desde su regreso a aquella ciudad. Quizás se trataba de una forma como otra cualquiera de aplacar su conciencia, la misma contra la que llevaba un tiempo batallando, entregado en una guerra sin cuartel por su supervivencia; acallar los remordimientos que de un tiempo a aquella parte le asaltaban sin previo aviso, resultaba algo necesario para poder seguir viviendo su día a día.

Se detuvo. En la acera de enfrente estaba “El Bámbara”, un pub por el que le gustaba dejarse caer. Era jueves, y los jueves solía estar bastante concurrido; no lo suficiente como para repelerlo, pero sí lo justo como para que le resultase agradable pasar allí un buen rato.

Pidió un Gintonic. Vaso en mano, se volvió y apoyó los riñones contra la barra. Bebió un sorbo. Por las noches le gustaba alternar el Gintonic y el Bacardí con Coca-cola; por el día prefería cerveza rubia nacional.

Sería la una de la madrugada. Se entretenía viendo cómo los treintañeros que copaban el pub bailaban al ritmo de la música que los altavoces vomitaban a gran volumen, cuando se fijó en ella. Bailaba con un grupito de amigas. Melena ondulada caoba; de tinte, por supuesto. Botas negras de tacón de aguja. Falda marrón, ajustada a sus caderas, hasta la mitad del muslo. Sus amigas se percataron de que él no le quitaba ojo y comenzaron a cuchichear. Empezaron las risitas cómplices y los comentarios al oído; parecían querer azuzar a la de la melena caoba, de la que él era incapaz de apartar la mirada. Tendrían unos treinta y cinco, pero se comportaban como unas colegialas

nerviosas ante la mirada de un chico. Quizás otro, en su lugar, hubiese apurado el Gintonic y se hubiese acercado al grupito –fuera como fuere, de alguna manera había llamado su atención, así que el primer paso estaba dado–; sin embargo, él no. Se quedó arrimado a la barra, conformándose con mirar.

Ella recogía su abrigo y salían a la calle; eran pasadas las cuatro de la mañana. ¿Cómo había sucedido? Al final había sido la mujer quien se había acercado a él. ¿Por qué? No alcanzaba a adivinarlo. Era posible suponer que aquel cincuentón de aspecto desaliñado y mirada triste debió resultarle un tanto misterioso, lo suficiente como para querer intentar con él algún tipo de acercamiento.

Le bastó su saludo y cruzar con ella un par de frases para percatarse de que había bebido; no mucho, lo suficiente para desinhibirse; en cierto modo, de no ser así, seguramente jamás se hubiese atrevido a acercársele. Entablaron una conversación insustancial, propia de quien pretende obtener simplemente la atención del otro. Él llegó a pensar que se trataba de una apuesta –no era tan atractivo como para arrimarse a una barra y que las mujeres se acercasen a él–, pero en el momento en que ella rozó involuntariamente la culata de su “pepita” –oculta bajo la gabardina–, y no se marchó, llegó a la conclusión de que aquel flirteo iba en serio. Incluso, por un momento, intuyó que el saberle armado debía ser algo que le hacía más atractivo a sus ojos.

Nada de todo aquello entraba dentro de lo razonable, pero a él tampoco le importó. Para él, el culo de aquella mujer caoba, que pudo acariciar mientras charlaban, era motivo suficiente para irse con ella, así que le siguió el juego y dejó que la conversación fuese discurrendo entre banalidades hasta que ella le dijo aquello de: « Buf. Necesito tomar un poco el fresco. ¿Te vienes?», que era una clara invitación a salir del pub en busca de intimidad.

No lo dudó un segundo. La tomó por la cintura y salieron del local. Ya en la calle, caminaban mientras ella seguía hablando y tonteando: tócame y te toco, rózame y te rozo.

Cruzaron los Jardines de la Reina y enfilaron por una de las estrechas calles que llevaban a lo que se conocía como “Ruta de los Vinos”, una zona de copas en la parte vieja de la ciudad. Fue allí donde él se hartó. La agarró con fuerza por la cadera y la llevó hacia un portal en donde la besó. Por un momento ella pareció resistirse, e incluso llegó a separar sus labios. Hubo unos instantes de tensión en los que sus miradas se cruzaron. Entonces ella le besó y él pudo sentir su lengua dentro de la boca. Le faltó tiempo para cogerla con fuerza por el culo y apretarla contra él.

Estuvieron un tiempo en aquel portal magreándose, hasta que la pasión hizo que sus cuerpos ardiesen. Fue entonces cuando ella le susurró al oído: «Vivo aquí mismo».

Sentado en el borde de la cama, observó que sobre la cómoda había una foto de la mujer junto a un hombre y un niño. ¿Casada y con hijo? Seguramente, pensó. Volvió a mirarla. Era hermosa; tanto como aquella ondulada melena caoba.

Iluminado por la tenue luz que entraba por la ventana, buscó su ropa, esparcida por la habitación, y, con sumo sigilo, se vistió. Un traje de hombre perfectamente colocado sobre un galán, en una esquina del cuarto, acabó por confirmarle que estaba casada. La foto, el galán, eran detalles de los que no se había percatado en el fragor de la pasión.

La miró una vez más. Lo cierto era que no alcanzaba a comprender la necesidad que podía tener una mujer como aquella de follar con un tipo como él. Decidió irse. Sin más. Desaparecer de su vida de la misma forma que había aparecido. Seguramente ella, cuando se despertase, preferiría olvidar aquella noche; seguramente no le gustaría verle a su lado; seguramente, con la resaca martillando su cabeza y el calentón sofocado, llegarían los remordimientos. Era mejor que no él estuviese allí, por eso le dedicó una última mirada y se fue.

Cuando salió del portal alzó los cuellos de la gabardina para protegerse del frío, pero poco se podía hacer contra aquella humedad que le corroía los huesos. Hacía unos días que una ola glacial tenía sumida a la ciudad en el frío y la lluvia, y aún faltaba una semana para que entrase oficialmente el invierno. Por un momento se arrepintió de haber abandonado el calor de la cama de aquella mujer caoba.

Miró a uno y otro lado de la calle. Tres o cuatro personas que, arropadas con sus abrigos, caminaban con paso apresurado. Enfiló acera arriba, en dirección a su casa. Tomó un atajo por una de las calles más estrechas y peor iluminadas de la ciudad; resultaba irónico que estuviese en el puro centro. Cruzó la plaza Mayor, y subió por la empedrada rampa que llevaba hasta el edificio en el que vivía, en el viejo barrio de Cimadevilla. A su izquierda quedaba el muelle deportivo, el que en otro tiempo había sido de pescadores, y tras él, el reloj de la Torre marcaba casi las siete.

Caminó por las estrechas y empinadas callejuelas de aquel barrio de viejos edificios, unos remodelados, otros con sus fachadas carcomidas por el salitre cuyo olor se palpaba en el aire. Hacía unos años que muchos de aquellos bajos, que ahora eran

sidrerías, habían sido locales de ambiente o antros de putas; él aún guardaba recuerdo de aquello, de un tiempo pasado mejor.

Cuando abrió la puerta Limberg salió a recibirle. Siempre lo hacía. Le acarició las orejas y dejó que le lamiese la mano; era la forma de expresar su alegría por volver a verle. En ocasiones se preguntaba qué sería de aquel viejo pastor alemán si algún día no regresaba a casa. Lo más seguro era que el hedor de su cuerpo descomponiéndose acabase por alertar a los vecinos.

Colgó la gabardina en una percha con forma de dos cabezas de caballo que tenía en el vestíbulo, tras la puerta de entrada, y fue hacia la cocina. En casa hacía tanto o más frío que afuera. La caldera llevaba un tiempo averiada y aún no había llamado al técnico; se prometió hacerlo aquel mismo día. Se abrigó con un albornoz verde que tenía sobre una de las sillas, y abrió el frigorífico. No había más que una lata de comida para perros, que Limberg acabó devorando, y unas rodajas de mortadela, con las que se hizo un bocadillo.

Con la última cerveza en la mano, se desplomó sobre uno de los sofás del salón y conectó el televisor. No emitían nada interesante, pero la pereza, tan presente en su quehacer diario, le impidió levantarse y poner alguna película en aquel viejo reproductor VHS que aún conservaba. Setenta mil pesetas le había costado; el recuerdo le hizo esbozar una sonrisa nostálgica.

Miró a su alrededor. Todo estaba sucio y desordenado. « ¡Joder! », exclamó al ver que Limberg había vuelto a cagar sobre la alfombra. Se volvió hacia el perro y le reprendió. El viejo pastor bajó las orejas y gimió. Poco duró la regañina; Montoya era consciente de que él tenía bastante parte de culpa, pues hacía algo más de día y medio que no lo sacaba a pasear, y no podía esperar que el viejo pastor cagase en la taza del váter. Limberg soltó un agudo ladrido y se sentó a su lado sobre el sofá.

2.

Eran pasadas la una de la madrugada cuando el inspector Arango entró en aquella cafetería de un barrio periférico de la ciudad. La zona estaba perfectamente acordonada, como mandaba el procedimiento. El juez Fidalgo, de pie junto al cadáver, hablaba con dos agentes de uniforme. Arango caminó hacia él. Le acompañaba Suárez, su ayudante, siempre libreta en mano para apuntar todo aquello que le resultase relevante y lo que el inspector le indicase. Al llegar a la altura de Fidalgo, dedicó una mirada de soslayo hacia el suelo: el cuerpo estaba cubierto por la protocolaria sábana.

Arango cruzó una mirada con el juez que, con un leve movimiento de cabeza, le dio permiso para que echase un vistazo al cadáver. El inspector se situó en cuclillas y apartó levemente la sábana. Dos tiros: uno de lleno al corazón y otro en la cabeza, a la altura del entrecejo. Dos balas mortales. En lo que llevaba destinado en aquella ciudad, era la tercera vez que veía aquel modus operandi. Sin duda sabía que se trataba de la firma de un sicario.

– ¿Ajuste de cuentas? –preguntó el inspector mientras se reincorporaba.

–Seguramente –le respondió uno de los agentes–. Se trata de Rubén Echevarría. Un camello relacionado con la trama de “El Estanquero”. Lo teníamos fichado. Parece ser que se ha querido pasar de listo.

Arango recapacitó en silencio durante unos segundos, mientras observaba cómo Suárez tomaba notas en aquella libreta; la velocidad a la que lo hacía era algo que podía llegar a resultar estresante.

Volvió a mirar hacia el cadáver y emitió un suave resoplido de resignación. Se trataba de un profesional. Y no de uno cualquiera, sino de uno muy bueno, pues había que serlo para entrar en una cafetería, acercarse a su víctima sin levantar sospechas, esperar el momento oportuno, y descerrajarle dos tiros certeros y letales. Podía parecer fácil, pero no lo era; en absoluto lo era. En los años que llevaba en homicidios, nunca antes había visto un trabajo tan profesional. No hasta que llegó a aquella ciudad.

– ¿Tenemos algo? –preguntó al fin.

–Poco, o mejor, nada. Uno de los camareros cree haber visto al asesino, pero no es capaz de describirlo –le respondió el agente.

– ¿Qué tal está Begoña?

Fidalgo les interrumpía para preguntarle por su mujer. El juez y su esposa habían sido sus primeros amigos al llegar a aquella ciudad, y quienes les habían apoyado en su adaptación; trasladarse a un nuevo lugar, en el que no se tienen conocidos y en el que

todo resulta ajeno, puede llegar a resultar, cuanto menos, desalentador y frustrante. Máxime en su caso: de Madrid a Gijón suponía un drástico cambio al que Begoña, su mujer, no se acababa de acostumbrar incluso habiendo transcurrido un año.

– Bueno. Ahí está –le respondió Arango–. Hoy salió con un par de amigas.

– ¿Y Marcos?

– Bien –Arango sonrió; era lo que tenía oír el nombre de su hijo de siete años–. Hoy se quedó a dormir en casa de un amigo. Para que su madre pudiese salir.

El inspector se acercó hasta la barra en donde, sentados en sendos taburetes, estaban los dos camareros que atendían la cafetería. El furgón fúnebre acababa de llegar. Fidalgo firmaría el levantamiento del cadáver y se lo llevarían de allí. Arango parecía no querer resignarse a regresar a comisaría con las manos vacías.

– Buenas noches, soy el inspector Arango –se presentó a la par que mostraba su placa. Era el protocolo.

Uno de los camareros señaló hacia su compañero; aquel era al que el inspector debía dirigir sus preguntas.

– ¿Cómo ocurrió todo?

– Estábamos a punto de cerrar. En esto entró un hombre y se fue hacia la mesa donde estaba sentado ese otro –señaló hacia el cuerpo. Dos empleados de la funeraria lo estaban introduciendo en un saco–. Después fui al almacén. Cuando regresé me encontré a ese hombre muerto. El otro ya no estaba.

– ¿No recuerda cómo era? ¿Algo de él?

– Poco. No sé... Alto, sobre un metro ochenta. Unos cincuenta. Pelo castaño...

– ¿Complexión?

– Normal.

– ¿Algún rasgo característico? ¿En la cara? ¿En el pelo? ¿Algo...?

– No, nada –recapacitó unos segundos–. Vestía una vieja gabardina gris –apostilló como si considerase importante aquel dato.

“Vestía una vieja gabardina gris”. Ya había oído aquello en una ocasión anterior, con el mismo modus operandi: los dos tiros. Era posible que fuese una pista, pero no podía dedicarse a detener a todos los hombres de cincuenta que vistiesen una gabardina gris en pleno Diciembre.

Suárez lo apuntó todo en su cuaderno. El inspector, en ocasiones, creía que lo hacía para justificar su sueldo, pues hasta el momento no tenían nada relevante que

mereciese la pena anotar, salvo que no era la primera vez que estaban en el lugar de un crimen perpetrado por aquel sicario.

Arango agradeció al camarero la colaboración prestada y se dispuso a salir de la cafetería; no había nada más que hacer. Caminó hacia la puerta acompañado por su ayudante y el juez. Fuera, los operarios de la funeraria cargaban el cadáver en el furgón. De frente al forense. Un trámite más, pues no era necesario ser médico para saber cuál había sido la causa de la muerte. El inspector apartó este pensamiento de su cabeza, a fin de cuentas, no era de su incumbencia.

– Fidalgo, hablamos, ¿de acuerdo? Tenemos que quedar un día. A ver si para este fin de semana o el otro a más tardar –Arango se despedía del juez.

– Vale. Cuando queráis –le respondió amablemente el magistrado y se alejó caminando.

Suárez esperaba dentro del coche. El inspector se sentó al volante y le dedicó un gesto de resignación: aún quedaba mucha noche por delante para agotar el turno, y sobre su mesa esperaban más expedientes de los que nunca hubiese imaginado cuando solicitó el traslado a aquella ciudad.

Su matrimonio naufragaba debido a su excesiva dedicación al trabajo, o al menos, así se lo confirmó el asesor matrimonial al que Begoña, su mujer, se empeñó en acudir. Al principio lo achacó al hecho de que ejerciese en Madrid, una ciudad quizás demasiado grande, con demasiados expedientes sin resolver que se acumulaban sin remedio sobre su mesa. Esta fue la razón por la que decidió solicitar un destino más tranquilo. Gijón era una ciudad costera, con doscientos setenta mil habitantes; supuso que en un lugar así el trabajo no acabaría absorbiendo su vida familiar. Se equivocó.

En realidad no eran los casos, los expedientes, los turnos, o cualquier otro motivo directamente achacable a su oficio; era su propia personalidad. El inspector Arango tendía a obsesionarse con cada asunto que caía en sus manos. El de aquel sicario de la gabardina gris hacía un par de meses que rondaba por su cabeza, sin tregua, absorbiendo su pensamiento de una forma subliminal, y haciéndole descuidar su vida privada; esta dejaba de existir en el momento en que la obsesión se adueñaba de él. Y a la postre, Gijón se había convertido en el epicentro de una guerra entre narcos.

En los últimos meses, incidentes relacionados con el narcotráfico no dejaban de sucederse en la ciudad, y se extendían por toda la provincia. Los asesinatos por ajustes de cuentas ocurrían a un ritmo inusual. Los de la unidad de narcóticos le habían explicado que el trasfondo de todo aquello era una guerra entre dos narcos: Da Silva y

Antonio Arias. El primero era un narco gallego de origen portugués, y el segundo, al que apodaban “El Estanquero”, hacía años que estaba afincado en aquella ciudad. Al parecer, el enfrentamiento tenía como causa hacerse con el dominio de la zona dejada por “El Calvo”, recientemente fallecido.

Arango pasó la noche en comisaría, y no llegaría a su casa hasta pasadas las dos de la tarde del día siguiente.

Dejó su abrigo en la percha del vestíbulo y fue hacia la cocina, donde Begoña se afanaba en preparar la comida. No era buena cocinera, no al menos como su madre, pero le ponía interés. Se acercó a ella y la besó en los labios de una forma mecánica, insulsa incluso, mientras le acariciaba suavemente su ondulada melena caoba. Hacía un par de meses que ella había decidido teñirse el pelo de aquel color, y a él le gustaba, aunque nunca se lo hubiese dicho; su mente solía estar demasiado ocupada como para detenerse en atenciones de aquel tipo. Cansado, acabó desplomándose sobre una de las sillas al pie de la mesa.

– ¿Qué tal anoche con tus amigas? –le preguntó a modo cumplidor.

– Bien. Estuvimos tomando algo hasta las tres de la mañana –le respondió ella. Su voz parecía querer ocultar algo.

– Me alegro. Está bien eso de que tengas con quien salir. ¿Me das un vaso de agua, por favor? –Arango trasladaba sus formas educadas incluso a lo más cotidiano de su vida.

– Sí, claro –su tono no resultaba convincente–. Y tú, ¿qué tal la noche?

– Difícil. Otro muerto más. En una cafetería de las afueras. Un ajuste de cuentas –respondió Arango sin interés.

Begoña se aproximó a su marido, dejó el vaso de agua sobre la mesa y se sentó sobre sus rodillas. Se mostraba cariñosa, como si tratase de buscar un acercamiento. Después, le acarició el pelo y le dio un suave beso en la mejilla. Arango intuyó que ocurría algo –la notaba extraña–, pero estaba demasiado cansado como pararse a hacer ningún tipo de cábala.

– ¿Se sabe algo? Quién ha podido ser, los motivos... Algo... –en su afán por conseguir las caricias de su marido, Begoña fingía interés por saber de su trabajo a la par que no dejaba de hacerle arrumacos.

– Cosa de un sicario. Pero no tenemos ninguna pista. Nada concluyente – respondió Arango perezosamente; estaba demasiado cansado como para prestar atención a las insinuantes carantoñas de su mujer.

– Oye cariño –Begoña le interrumpió situándole dos dedos sobre los labios–. Marcos no vendrá hasta mañana. He hablado con la madre de su amigo y dice que quiere quedarse un día más. Le di permiso. Tenemos toda la tarde y toda la noche para nosotros. Supongo que hoy no tendrás que ir a trabajar, ¿verdad?

– No, hoy no. No tengo que volver hasta mañana a primera hora –respondió él con voz cansada–. Pero estoy agotado. Me gustaría comer y echar una siesta...

– Vale, como quieras –la respuesta de su marido dejaba una puerta abierta con la que se conformó.

Arango durmió una reparadora siesta de tres horas. Cuando despertó, lo primero que sus ojos vieron fue el galán con uno de sus trajes, recién sacado del tinte y planchado, en la misma esquina de siempre. Se desperezaba bajo las sábanas cuando Begoña salió del baño vestida con un sugerente salto de cama. Al ver a su hermosa mujer no pudo contener una sonrisa de satisfacción. Ella se introdujo con suavidad bajo las sábanas y comenzaron a besarse. Arango no recordaba cuando había sido la última vez que habían hecho el amor.

Llevarían diez minutos sumidos en un juego de cariñosas caricias y sensuales besos cuando comenzó a sonar el teléfono móvil del inspector, sobre la cómoda, junto a la fotografía de ambos con su hijo. Begoña trató de retenerlo entre sus brazos, de que no atendiese a la llamada, pero Arango insistió en salir de la cama y responder; sabía que era de la comisaría e intuía que sería algo urgente. El inspector descolgó y escuchó el recado mientras su mujer, resignada, se sentaba sobre el colchón, los brazos en cruz y la espalda contra el cabecero.

–Tengo que irme –le dijo el inspector tras colgar.

–Julio, por favor, no. Ven aquí conmigo... –suplicó Begoña contrariada.

–Lo siento, Bego, tengo que irme. Han matado a tres hombres –insistió Arango mientras vestía la camisa.

– ¡Por Dios! ¿No puede ir otro? Me dijiste que no tenías que ir hasta mañana – protestó ella dejando entrever cierta desesperación.

– No. Lo siento. Tengo que ser yo. El trabajo es el trabajo.

El inspector Arango fue tajante en su respuesta. Acabó de vestirse, dio un beso a su mujer en los labios como despedida, y salió de la habitación.

Begoña se preguntaba en qué momento de su vida aquel hombre había dejado de ser marido para ser únicamente inspector de policía. Frustrada, triste y enfadada, se cuestionaba si todo aquel sacrificio de irse a vivir a aquella ciudad, abandonando su Madrid natal, en realidad habría servido para algo.